





## I Certamen de Relatos Cortos

*Para todas aquellas mujeres que  
con su esfuerzo y valentía han  
conseguido poner freno a la violencia  
y luchar por una vida mejor.*



La palabra es una de las mejores herramientas para la expresión de ideas y sentimientos que nos conducen al corazón y las emociones, y éstas sin duda han dado vida y proyección a todas y cada una de las obras literarias presentadas en este I Certamen de Relatos Cortos.

Desde el Instituto de la Mujer de Castilla La-Mancha y en concreto desde el Servicio de Planificación, Evaluación y Documentación, deseamos que con estos relatos podamos convertirnos en una semilla de la cual afloren los buenos tratos entre todas las personas, mujeres y hombres, y consigamos los mayores y mejores mecanismos en la prevención de la violencia.

Mis más sinceras felicitaciones a todas las personas participantes y en especial a las personas ganadoras de este Certamen que con sus relatos han contribuido a lograr el objetivo fundamental de esta convocatoria, que es sensibilizar a la sociedad de esta grave lacra social que es la violencia contra las mujeres.

**M<sup>a</sup> Teresa Novillo Moreno**

*Directora del Instituto de la Mujer de Castilla-La Mancha*

D.L. TO 290-2013

Impreso en la imprenta de Presidencia y Administraciones Públicas.

## ÍNDICE

JURADO .....	9
FALLO .....	11
EL VESTIDO VERDE ESMERALDA.....	13
LA PRÓXIMA PUERTA .....	17
TRES GRITOS, DOS EMPUJONES Y UN APRETÓN .	21
EL MAQUILLAJE DE MAMÁ.....	23
VIDA MÍA.....	29
ENCERRADA EN UNA NUBE.....	31
EL DIABLO ESTARÁ LLORANDO .....	35
FINALMENTE, NURIA.....	39
ARTÍCULO 15.....	43
JIMENA.....	47





# FALLO I CERTAMEN DE RELATOS CORTOS

## JURADO

### **PRESIDENTA**

***Dña. M<sup>a</sup> Teresa Novillo Moreno***

Directora del Instituto de la Mujer de Castilla-La Mancha

### **VICEPRESIDENTA**

***Dña. M<sup>a</sup> Carmen Sánchez La Ossa***

Jefa de Servicio del Instituto de la Mujer de Castilla-La Mancha

### **SECRETARIA**

***Dña. Alicia Payo Gallardo***

Asesora Técnica del Centro de Documentación del Instituto de la Mujer de Castilla-La Mancha

***D. Juan Carlos Sánchez Fernández***

En representación del Servicio de Programas y Recursos del Instituto de la Mujer de Castilla-La Mancha

***Dña. M<sup>a</sup> Montserrat Vaquerizo Bautista***

En representación del Servicio de Planificación, Evaluación y Documentación del Instituto de la Mujer de Castilla-La Mancha

***D. Joan Gomper***

Escritor y editor de reconocido prestigio de la Región

***D. Antonio Lázaro Cebrián***

En representación de la Dirección General de Cultura de la Consejería de Educación, Cultura y Deportes

***Dña. Pilar de Miguel López Casero***

En representación de la Consejería de Presidencia y Administraciones Públicas

***Dña. M<sup>a</sup> Ángeles Zurilla Cariñana***

En representación de la Universidad de Castilla-La Mancha



En reunión de 13 de Noviembre de 2012 el Jurado elige unánimemente el relato ganador y finalistas, y emite su

**FALLO:**

**Relato Ganador**

***El vestido verde esmeralda***

Autora: Dña. Dionisia Gómez Sánchez

**Relato finalista 1º**

***La próxima puerta***

Autor: D. Carlos Hernández Millán

**Relato finalista 2º**

***Tres gritos, dos empujones y un apretón***

Autora: Dña. María Arenas Vizcaíno

Siguiendo las bases de este certamen, el Instituto de la Mujer de Castilla-La Mancha edita una publicación con el relato ganador y finalistas, además de aquellos relatos seleccionados de forma unánime por el Jurado para dicha publicación



## EL VESTIDO VERDE ESMERALDA

Me encanta observarla mientras duerme. Está tan feliz. Entonces yo también cierro los ojos, así ya no veo el morado de su mejilla ni la horrible cicatriz de su frente, que ayer volvió a abrirse tras la última paliza.

Me sumerjo en su sueño. Algunos días es una sirena encantada nadando entre arrecifes y bancos de peces, otros es una gaviota que vuela muy alto, o un valiente marinero navegando en alta mar. Sé que casi siempre sueña con el mar. Eso seguro.

Pero hoy no, hoy ha salido a pasear con su vestido verde esmeralda, ese tan bonito que tiene un escote tan original y atrevido, como es ella, aunque nadie lo sepa. Con ese vestido está francamente preciosa. Perfila sus curvas de una forma tan sutil que parece parte de su cuerpo. Su larga melena negra cae sobre la espalda al descubierto como un río en una montaña oscura, justo donde empieza el delgado valle de su cintura. La tela llega hasta encima de sus rodillas para dejar al descubierto sus esbeltas y firmes piernas, esas que nadie ha visto nunca. Supongo que sus piernas son una de esas cosas maravillosas que un mal brujo ha hechizado y han de mantenerse ocultas para siempre.

Sé muy bien que todos los hombres e incluso todas las mujeres y los niños se enamorarían de ella si la vieran con ese vestido. Por eso lo tiene prohibido. Por eso nadie puede enamorarse de mi mamá, porque ella solo puede vestirse con el “uniforme”, que es como llama a sus viejos

vaqueros y su suéter cuando bromeamos juntas y jugamos a ser -como ella dice- “chicas libres y divertidas”, y nos imaginamos vestidas de todos los colores, con faldas “muy mini”, un día al estilo rockero, otro como las modelos de las revistas, otro en un baile de gala...

Pero cuando más contenta se pone mi mamá es cuando me cuenta aquella ocasión en que lució su vestido verde esmeralda. A veces pienso que se moriría por volver a ponérselo, con esos zapatos negros de tanto tacón, que solo utilizo yo de vez en cuando para hacerla reír porque me quedan enormes. Y quedarse un rato frente al espejo, tomarme de la mano, y salir las dos a comernos el mundo. Creo que no puede haber otra cosa que ella desee con más fuerza.

Hoy hemos intentando un nuevo juego secreto de los nuestros: mamá se ha puesto su vestido verde y yo uno de mis favoritos. Nos hemos hecho peinados modernos, nos hemos pintado los labios muy muy rojos y luego hemos jugado a que somos nosotras mismas, pero en un mundo fantástico y maravilloso en el que no hay gritos ni lágrimas; solo nosotras y las hadas. Mamá ha preparado una deliciosa cena y hemos bailado todas las canciones del disco que compramos a escondidas aquel día en el parque.

Ha sido un sueño inolvidable. Creo que nunca me había reído tanto, ni siquiera con ese pequeñajo gracioso de mi clase. Definitivamente, no hay nada que me haga tan feliz como la formidable sonrisa de mamá.

Pero, como todos los sueños, me temo que este también tiene su final.

Me estoy despertando, me cuesta mucho abrir los ojos... ¿Qué ha pasado? Siendo un fuerte dolor en la cabeza y estoy atontada.

Poco a poco voy recuperando las fuerzas y consigo ver a mi mamá en el suelo, frente al espejo. Está tan guapa con su vestido... Supongo que ella todavía está soñando. Normal. Yo tampoco quisiera haberme despertado.

Me acerco y veo sangre a su alrededor, tiene los brazos marcados y un zapato se le ha salido. El lápiz de labios se le ha corrido por media cara y la cicatriz de su frente no para de sangrar. No entiendo nada.

Me quedo muy quieta pensando... Lo único que me viene a la cabeza son sus palabras de esta tarde antes de jugar: "Me moriría por volver a ponerme el vestido verde esmeralda".

*Dionisia Gómez Sánchez*





## LA PRÓXIMA PUERTA

Ana no tiene claro a partir de cuándo todo se volvió negro

Revólver

Las rosas rojas de la habitación contrastaban con el blanco deslumbrante de las paredes, las sábanas y los uniformes del personal sanitario. El olor que desprendían, apenas imperceptible, la llevaron, en el momento de dejarse vencer por el sueño, de entornar los ojos, al patio de la casa familiar, a la casa del pueblo donde su infancia había quedado guardada como se guardan viejas fotografías en cajas de cartón, entre las páginas de libros, en los pliegues del rostro de su madre. Su madre cantaba siempre, cantaba canciones que ya nunca había vuelto a oír, la sentaba a su lado en las escaleras que conducían a la planta superior y pasaban la tarde bordando. “Pero mi hija tendrá su trabajo y no dependerá de nadie”, solía decirse a sí misma, solía decirle a la pequeña Ana. En el patio abundaban las plantas, flores, rosas, jazmines, petunias, y a modo de bóveda cubría su mitad una enorme parra que había plantado su padre. Salir por la puerta del patio era enfrentarse a la majestuosa cúpula de la iglesia del pueblo, y pasar al lado del Seat 600 que tantas veces los había llevado de excursión. Si alguna vez fue feliz, fue entonces. Pero cada época tiene su fin, y atravesó aquella primera puerta para dejar atrás su niñez.

Guardaba de aquella época dorada una fotografía de su Primera Comuni3n, de blanco, muy ni3a, las manos

entrelazadas y la inocencia iluminándole el rostro. La siguiente vez que posó de blanco fue para su boda, pero ya con un velo de tristeza inundándole los ojos. Nunca supo con certeza cuándo comenzó su calvario, nunca supo situar el primer insulto, el primer desprecio, la primera amenaza, el primer golpe. Sólo que se deslizó en un tobogán de tiempo y se encontró, sin saber cómo, en una espiral de temor, en una cárcel de miedo.

Ana permanecía sentada, la bolsa de viaje con sus exiguas pertenencias bien agarrada, alternando la mirada entre el reloj de pared y la ventana que mostraba la calle vacía, sin transeúntes. La luz intermitente del semáforo que se veía por la ventana inundaba de ámbar la estancia, dejando a cada intervalo sombras que corrían a esconderse, suaves destellos como avisos, alertas, precauciones. No quería dormir aquella noche, debía resistir al sueño, pero éste le iba ganando terreno. Los párpados le pesaban, y poco a poco fue cediendo a su empuje. La acunaba el arrullo de los escasos vehículos que a esas horas transitaban la calle; con traje de noche parecía vestirla la ciudad a cada haz de luz naranja que ayudaba a dibujar su silueta en la pared. Luz de tráfico y luz de ambulancia que la trasladó al hospital meses antes, aunque apenas podía verla, aunque apenas podía distinguir ramos de voces, sumida en el sopor profundo que establece el límite entre la vida y la muerte. No supo quién del vecindario dio la voz de alarma, pero esa llamada de teléfono puso fin a un tiempo negro, a una larga, demasiado larga época de marcas en el alma y en el cuerpo. Puso fin pero fue principio: de una vida nueva, de sentirse una persona nueva, de sentirse persona, de saborear cómo son los días sin los minutos marcados por

una amarga sinfonía de miedo. Una vida nueva debida a la valentía de una persona desconocida, a quien quizá jamás podría agradecerse.

La convalecencia fue larga: curó las heridas del cuerpo, las del alma tardaron bastante más. Tuvo que atravesar multitud de puertas: hospital, comisaría, casa de acogida... Como una inmensa puerta giratoria cuyo fin no se vislumbra, una tras otra, dejando atrás días y volviéndolos a retomar para volverlos a dejar atrás.

Se dijo a sí misma que al cruzar la próxima puerta, la última que le quedaba por cruzar, la que daba acceso al andén desde el que partiría su tren, nunca volvería a vivir con miedo, nunca bajaría los ojos ni los brazos. Esa puerta significaba un adiós, atravesar esa puerta era atravesar un puente sin retorno, un puente levadizo que una vez izado no vuelve a tenderse, no permite regreso alguno. Mas su decisión era firme: la atraía hacia esa puerta el olor de la libertad, de viajar hacia un lugar donde nadie la conociese, donde las murmuraciones no existieran, donde no la volviese a asaltar la falsa culpabilidad, donde la incomprensión se diluyera como se habían diluido los últimos años, silenciosamente, apenas sin dejar rastro. Se encontraba ante el mayor reto de su vida: comenzar desde cero. Debía avanzar, cruzar esa próxima puerta: se puso en pie, se colgó la mochila al hombro y se dirigió hacia su destino.

*Carlos Hernández Millán*



## TRES GRITOS, DOS EMPUJONES Y UN APRETÓN

-Dices que me vas a dejar. Por tres gritos, dos empujones y un apretón.

¿Me quieres dejar por eso? No es proporcional.

-A mí que corro del trabajo a casa para estar contigo y con las crías. A mí que me encierro con el ordenador o me siento en el sofá y no te pido ni que me traigas una cerveza. ¿Por eso me quieres dejar?

-A mí que te baño a las nenas, que te llevo a comprar, a la playa, a ver a tu familia y que te hago cualquier cosa de esas que se te ocurren.

-Dices que me vas a dejar por que no te doy besos y abrazos. A mí que no voy a buscar sexo fuera de casa como mis amigos para no mancillarte y que no te exijo a diario mi derecho carnal.

-¡Que me vas a dejar! Porque te pido que te calles y no me provoques. Porque te pido silencio, porque tú no sabes lo que se sufre ahí fuera, porque tú no sabes lo que pasa, porque no quiero que se burlen de ti, porque tú no entiendes.

-Dices que quieres hablar y equivocarte, aprender en soledad, tener tu propio criterio y que por eso me vas a dejar. Que te llevas a las niñas, la hucha de María y tu carnet de identidad.

-¿Y dónde vas a ir? Si no sabes hacer nada, si no sabes mover un papel, si no tienes un duro, si no sabes ni guisar. ¿A fregar retretes? ¿A mover el culo? ¿Dónde vas a ir tú?

-Dices que me dejas. Por tres gritos, dos empujones y un apretón en diez años. ¿Me quieres dejar por eso? ¡No te atreverás!

-Nadie te va a escuchar. ¡No es proporcional! ¡No cruces el umbral!

*María Arenas Vizcaíno*

## EL MAQUILLAJE DE MAMÁ

Mi mamá siempre fue muy guapa. Esto no sólo lo digo yo, que soy su única hija, sino que lo dicen muchas personas que la conocen desde que ella era tan pequeña como yo lo soy ahora. Aunque yo me llamo como mi madre, eso no representa ninguna confusión a la hora de que alguien se dirija a nosotras, ya que nuestros nombres difieren un poquito: Mi mamá es Julia y yo soy Julita.

El lugar que más me gusta de nuestra casa es un rincón de la habitación de mis padres, donde hay una cómoda sobre la que reposa el estuche de maquillaje de mamá, junto a un joyero con muchos cajoncitos y bajo un espejo con marco dorado.

Mi mamá me ha contado que ese estuche de maquillaje le hizo muchísima ilusión porque se lo regaló mi papá, quien, al parecer, lo compró durante uno de sus viajes de trabajo que hizo al extranjero. Claro que eso de los regalos era antes, cuando mi papá tenía un buen trabajo, estaba siempre de buen humor, no se quejaba por todo y no discutía con mamá.

Siempre me encantó ver abrir a mamá la tapa de su estuche de maquillaje, y, después de pasar la pequeña brocha por los correspondientes cuadraditos de colores, pintarse suavemente la cara. Yo, mientras tanto, estaba allí de pie, a su lado, mirándola mientras ella me sonreía, y me prometía que algún día yo también podría acicalarme con todos aquellos colores.

Allí maquillada, frente al espejo, mi mamá siempre me recordó a esas guapas actrices de cine que traen a todos los hombres de cabeza y acaban enamorando al protagonista de la película.

Estoy convencida de que a mi papá también le gustaba ver maquillada a mamá. A veces, cuando yo era más pequeña, me dejaban al cuidado de mis abuelos y, cogidos de la mano, los dos se iban por ahí a cenar, a bailar o al cine con algunos de sus numerosos amigos. Entonces mis papás se lo pasaban de miedo en cualquier parte, haciéndose carantoñas y riéndose a la mínima ocasión. Claro que hace ya bastante tiempo que ellos apenas se ríen ni salen con nadie.

Además, me he dado cuenta de que últimamente mi mamá ha variado su forma de maquillarse. Antes, ella siempre empleaba tonos claros para pintarse las mejillas, los párpados e, incluso, los labios. Sin embargo, ahora ella prefiere tonos muy oscuros que a mí no me gustan porque me recuerdan a las terroríficas películas de zombis, esos muertos vivientes que salen de la tumba y comen porquerías. Mamá dice que son los colores de moda, pero yo, por más que miro, no veo a ninguna madre de mis amigas que utilice para maquillarse unos colores tan tristes.

También me he dado cuenta de que hay días en los que mamá se maquilla más de lo habitual, y sobre todo lo hace después de discutir con papá. Yo no sé de qué discuten porque siempre aprovechan para hacerlo cuando estoy estudiando o jugando en mi habitación. Pero algunas veces oigo los fuertes gritos de papá y meto



mi cabeza bajo la almohada sin saber muy bien el porqué. Creo que tengo miedo de que realmente discutan por mi culpa, quizá porque no saco en el colegio las notas que ellos esperaban que sacase o no me porto todo lo bien que debiera.

El día que vinieron mis abuelos a buscarme a la salida del colegio, me llevé una sorpresa morrocotuda. Ellos me dijeron que mamá se encontraba enferma y era mejor que yo pasase unos días con ellos, en su casa. Aunque esa misma tarde hablé por teléfono durante algunos minutos con mamá, la eché mucho de menos y lloré cuando escuché sus palabras. Ella, con voz entrecortada, me prometió que pronto se curaría y vendría a buscarme.

La verdad es que mama no ha querido comentarme ningún detalle acerca de su enfermedad. Pero he notado que la extraña dolencia que ha padecido durante estos últimos días, ha influido de forma notable en su particular modo de maquillarse. Y aunque continúa empleando sólo los colores más oscuros de su estuche de maquillaje, ahora los utiliza de una manera un tanto rara, nada uniforme; ya que me he fijado en que uno de sus ojos está mucho más negro que el otro, como si ella no se hubiera dado cuenta cuando se maquilló frente al espejo de su habitación, y hubiese empleado mucha más pintura negra en uno de ellos. La verdad es que a mí esto me ha parecido bastante extraño, pues mamá siempre fue una verdadera experta del maquillaje, e, incluso, muchas de sus amigas acudían a nuestra casa para recibir sus sabios consejos acerca de qué colores deberían emplear para estar más guapas y así gustar más a sus maridos.

Mi papá también ha cambiado bastante desde que le despidieron de la empresa donde trabajaba. Él llevaba muchos años en ella y había conseguido ocupar un puesto importante que le permitía tener un buen sueldo y viajar de vez en cuando al extranjero. Pero, con esto de la crisis, la empresa tuvo que cerrar y dejar a todos sus trabajadores en la calle. Claro que, como mi papá nunca se ha maquillado (ni creo que lo haga), sus cambios son muy distintos a los de mamá. Él prefiere quejarse por todo y enfadarse con mamá en vez de pintarse un ojo más negro que otro.

Al igual que las amigas de mamá, también muchas de mis amigas del colegio han dejado de acudir a nuestra casa. Hasta no hace mucho tiempo, ellas venían dos o tres tardes a la semana y, después de hacer los deberes, jugábamos a cualquier cosa en mi habitación hasta la hora de la cena; y la verdad es que nos divertíamos mucho lo pasábamos genial. Yo, por más que lo pienso, no recuerdo haber discutido con ninguna de ellas ni nada parecido. Así que supongo que mis amigas ya se han cansado de mi compañía y prefieren hacer los deberes y jugar en otra casa.

La noche de un sábado creí oír un fuerte portazo seguido de los continuos gritos de papá. Yo tenía tanto sueño que no fui capaz de despertarme para poder comprobar si se trataba realmente de eso o sólo era una de las horribles pesadillas que, sin yo quererlo, se cuelan de vez en cuando en mis sueños. Desde esa noche, mamá fue maquillándose muchas partes de su cuerpo que, hasta entonces, jamás se había maquillado: manos, muñecas,

brazos, hombros, piernas..., y siempre lo hacía utilizando el color más oscuro de su estuche de maquillaje.

Hace ya unos cuantos meses que mamá y yo vivimos solas en nuestra casa. A papá lo veo de ciento en ciento, cuando viene a buscarme en su coche para que yo pase algún fin de semana con él y una señora que apenas conozco, y que no se parece en nada a mamá. Aunque mi papá también discute algunas veces con esa señora, todavía ella no ha empezado a maquillarse con colores oscuros; pero presiento que no tardará mucho tiempo en hacerlo porque creo que a mi papá le gustan esos colores tan tristes.

Lo que a mí verdaderamente me importa es que mamá haya vuelto de nuevo a sonreír. Viéndola en el rincón de su habitación, maquillándose con colores alegres frente al espejo, pienso que no puede haber en el mundo un lugar tan bonito como éste y una mamá más guapa y valiente que la mía.

*José L. Baños*



## VIDA MÍA

El hombre está en el portal y espera con paciencia la respuesta a su llamada. Contempla los números y letras del telefonillo, 1, 2, a, b, derecha, asterisco, campanilla, los conoce bien y vuelve a llamar con insistencia. Esta mañana desayunó en el bar que se encuentra a la salida de la boca del metro, café con leche y cruasán a la plancha, fumó dos cigarrillos y compró el periódico, para hacer tiempo. Se sentó en un banco, el sol acariciaba su rostro y le hizo cerrar los ojos, vida mía, pensaba, tengo muchas ganas de volver a estrecharte entre mis brazos, besar tus ojos, oler tu piel y saborear la dulzura de tu boca, me he puesto tu colonia preferida, he dormido ocho horas y tengo todo el tiempo para ti, mi camisa azul de lino y los pantalones color hueso de nuestro último viaje, seguro que te acuerdas, en aquel soleado otoño de atardeceres interminables...

El hombre pasea ahora alrededor del portal, le apetece ir al baño pero no quiere alejarse, no deja de recordar los encuentros pasionales, las lecturas compartidas, conversaciones, viajes y esperas, y sobre todo, la cercanía, la permanente presencia, quédate en casa y yo trabajaré por los dos, no es necesario que madrugues, vida mía, volveré a casa tan pronto como termine mi jornada de trabajo, y allí estarás tu, princesa, cada día, todos los días. La proximidad del encuentro le hace ponerse nervioso, después de tanto tiempo, antes siempre juntos, inseparables, unidos como la hiedra a una pared, y ahora, por esa fatalidad del destino, la debilidad de la voluntad, los giros de las erráticas emociones, el fuste torcido del recio carácter, esas sospechas, esas medias

miradas y silencios insondables sin respuesta, ese cambio de rumbo inesperado, incomprensible, injustificado.

No hay respuesta a la llamada y el hombre se preocupa. Da paseos cortos de ida y vuelta, no se explica esta tardanza, aprovecha que un vecino sale del portal, pone el pie atravesado y ya está dentro, el portal, el olor recordado de esta vieja portería, los espejos, y allí, al fondo, el fiel ascensor, incansable, seguro derecha. Una sonrisa grande, luminosa, eso haré, piensa el hombre, el ascensor sube con lentitud, qué eterno viaje, el ruido de la parada, se abren las puertas, ya ha llegado. El hombre camina con resolución, el corazón agitado, me parece mentira volver a verte, vida mía, una llamada, ding dong, con un breve espacio entre las dos señales, para que me reconozca, de nuevo contigo.

La mujer entreabre la puerta y su rostro refleja el terror, le tiemblan las manos y aunque lo intenta no puede volverla a cerrar, el hombre ha puesto un pie en el umbral y con su mano izquierda le aprieta el cuello, inmovilizada, trata de respirar con mucha dificultad, el hombre saca del bolsillo de sus pantalones color hueso un cuchillo de cocina para trinchar y lo hunde una, dos, tres veces cerca del corazón, la última vez lo remueve en pequeños círculos, no debiste marcharte de esa manera, vida mía, no puedo vivir solo, me desespero, no duermo, no puede soportarlo, seguro que me comprendes, me conoces mejor que nadie.

El hombre se sienta al lado del cuerpo de la mujer que está tendido en el suelo. Vuelve a fumar. Es mediodía y el calor espeso de la ciudad comienza a inundarlo todo

*Juan Ramón de Paramo Argüelles*

## ENCERRADA EN UNA NUBE

Transcurre, todo transcurre, inevitable, irremediable, pasa lentamente, a veces tarda años, otras veces es muy rápido desde el principio con la velocidad de un latigazo, aunque siempre nos avisa, nos previene con pistas que no deseamos ver, una sola vez basta para paralizar los deseos, la ilusión, la esperanza...

Observo el mundo desde el cielo, tu pequeña gran historia y me enredo en vuestras vidas, os abrazo, os acaricio, os rodeo sin daros apenas cuenta de ello, me balanceo en el caminar cansada adherida a vuestros pasos y sueño que puedo cambiar el mundo, tu mundo, pero entonces me enfado, me enfurezco y tiemblo por no poder mejorarlo, trueno e ilumino el cielo de rabia y de desesperación y cuando ya no puedo más, lloro de impotencia y mis lágrimas llegan a todo el mundo, aunque no al mismo tiempo ni en el mismo lugar, siembro mi llanto por todos los rincones de la tierra y **todavía te preguntas ¿por qué llueve?**

Llueve por ti, por anunciarte, por llamar la atención sobre lo que cada día te hace más pequeña y a mí mas grande, porque a veces me empapo de tristeza e inundo tu mundo de agua, mucho agua rabiosa que se lleva todo por delante hasta la belleza, aunque esa no sea mi intención, pero no puedo controlar la fuerza de mi rabia, me remuevo por dentro desde mis entrañas desde el fondo del mar y provoco catástrofes, es mi forma de revelarme.

Aunque tú no me veas yo a ti sí; te veo en tu soledad, en tus desvelos, en la inexplicable explicación que le ofreces a tus hijos a los pies de su cama, en el disimulo con tus amigos, en tu cuarto de baño cuando te curas las heridas del alma, en tus negaciones a admitirlo, en las segundas oportunidades inútiles que ofreces, en tu ingenuidad de pensar que quizás todo cambie, en las sesiones interminables de maquillaje, en tus lloros por sentirte inútil, en tus pensamientos, en tus recuerdos en blanco y negro antes de ser consciente de lo que ocurre, en la nostalgia de la felicidad....claro que te veo y te comprendo y estoy cerca de ti, en tu ambiente me tocas y cuando sales a la calle me respiras para no asfixiarte, y **entonces te preguntas ¿por qué no haces nada?**

Respuesta fácil: porque no puedo, mi estado gaseoso suspendido en el aire no me lo permite; no tengo voz aunque en los días de tormenta rujo y destello, ni brazos para consolarte como se espera de un ser humano, ni pies para llevarte o “arrastrarte” si fuese el caso ante la dama ciega de la balanza, **y tú preguntas ¿quién eres entonces?**

Soy la nube, las nubes que miras en el cielo cuando diriges tu frente al infinito, soy la atmósfera del nuevo día que saludas cada mañana cuando con valentía decides afrontarlo, por ello sólo puedo llorar o llover como lo quieras llamar, porque lluevo por ti y contigo sobre ti, con la esperanza de llamar la atención sobre aquellas personas que como tú sí podeis cambiar el mundo. **¿Qué cómo me manifiesto? Me preguntas**



Sufro una explosión, un ciclón, un chubasco en mi interior provocada por la aglomeración de lágrimas líquidas, sobreenfriada por la indiferencia y/o congelada en el astío y tras suspenderse en el aire provoco la lluvia desconsoladamente.

Por ello, no deseo que vivas **encerrada en una nube** puedes hacerme desaparecer, no dejes que las precipitaciones te precipiten al precipicio, pide que me disipe porque mi humoso manto de nubes grises, te hará invisible y no te dejará ver más allá del siguiente peldaño y cuando todo esté despejado y yo ya me haya marchado, mira las estrellas y pide un deseo, y no me lo cuentes porque yo ya lo sabré.

*Yolanda Campo Martín-Serrano*



## EL DIABLO ESTARÁ LLORANDO

Hola, me llamo Israel, tengo 10 años y anoche vi al Diablo.

Entró en casa mientras dormía y me despertó con su olor a humo y cerveza. Por eso le reconocí, por el inconfundible olor a miseria que desprendía. El olor de los seres que no tienen alma es olor a miseria; la miseria de los seres sin alma huele a miedo, egoísmo, humo y cerveza. Me lo dijo mi amiga Alba.

Mamá se asustó muchísimo y le gritó que se marchase, pero él empezó a gritar más fuerte y a dar golpes en las puertas para que mamá no gritara.

Yo estaba en mi cuarto tapado hasta la cabeza, tenía miedo y no podía moverme... y empecé a recordar la historia de mi amiga Alba...

Ella me contó que el Diablo había estado visitando su casa. Me contó que aprovechaba para aparecer cuando su papá no estaba en casa. Llegaba siempre por la noche cuando ella ya estaba dormida; olía a miseria, hacía mucho ruido y despertaba a su mamá para gritarle muy fuerte. Cuando el ruido cesaba ella se levantaba muy despacio y, sin apenas respirar, llegaba al salón y encontraba a su mamá llorando sigilosamente a oscuras.

-¿Qué ha pasado mamá?- preguntaba.

-Nada cielo, vuelve a la cama.

-Pero ¿por qué lloras?

-Porque ha venido el Diablo.

Y llorando la llevaba a su cuarto y se quedaba con ella hasta que se dormía.

Alba me dijo un día que sólo una vez tuvo valor para ir a espiar al Diablo; fue el día en que su mamá se quedó dormida para siempre. La despertó, como de costumbre, el olor a miseria; sintió miedo y se acurrucó entre sus mantas. Empezó el ruido y los gritos pero esa noche algo pasó.... De repente su mamá dejó de gritar, no obstante, siguió escuchando los gritos del Diablo. Le pareció raro porque los gritos siempre paraban a un tiempo y, entonces, era cuando ella sabía que el Diablo se había dormido y su mamá estaba llorando sigilosamente a oscuras para no despertarlo.

Despacio, Alba avanzó por el pasillo con miedo y frío... Se asomó por la puerta y vio a su papá de espaldas; “¡Bien!- pensó- ¡Ha venido papá para ayudarla!”. Pero vio a su mamá en el sofá dormida... “Oh! Hoy se ha dormido ella, el Diablo estará llorando...”

Me dijo Alba que cuando su papá se dio la vuelta estaba llorando. Pero ese no era su papá, era el Diablo. Se parecía a su papá pero esa no era la mirada de su papá. Su papá tenía alma, y la mirada del Diablo estaba vacía. No, ese no era su papá. Ahora ya sabía cómo conseguía entrar en casa el Diablo por las noches, mamá pensaba que era papá y le abría la puerta.

Mi amiga Alba vivía con sus tíos porque su papá se había ido a buscar al Diablo para preguntarle cómo podía despertar a su mamá.

Cesaron los ruidos y empecé a preguntarme si debía ir a ver a mamá, como Alba, para ver si estaba llorando o durmiendo...

La puerta de mi cuarto se abrió de golpe, cerré los ojos, era el Diablo. Noté su olor a miseria. Sentí su mano en mi frente y el olor me provocó hacer una mueca de asco... Quitó la mano rápidamente y se marchó. Abrí los ojos y lo vi de espaldas cuando se marchaba. Ese no era mi padre, andaba dando tumbos y olía a miseria.... Mi padre olía a lavanda. No, no era mi padre.

Mamá no se quedó dormida pero, esta mañana en el desayuno, estaba callada. Espero que no vuelva el Diablo. Hoy hablaré con papá y le diré que hay que ayudar a mamá.

*María de los Ángeles Martínez Martínez*



## FINALMENTE, NURIA.

Nuria prepara el desayuno como cada día. Recoge las tostadas mientras el silbido de la cafetera anuncia que el café ya está listo. Miguel está en la mesa, leyendo el *Marca* mientras espera, impaciente, que ella le sirva, buscando cualquier detalle para condenar sus descuidos. ¿Cuándo empezó todo aquello? Se pregunta Nuria insistentemente. Pero la respuesta es difusa... El hombre que ella conoció no cambió de pronto, fue algo gradual, silencioso, encubierto bajo el pretexto de la protección y el amor.

Al principio eran solo celos, se repetía ella. Las llamadas incesantes, las críticas a los viajes de trabajo y las amigas de la universidad. Las ironías, los reproches a su forma de vestir y actuar. ¿En qué momento el interés se transformó en control? ¿En qué momento las sugerencias se convirtieron en órdenes? Nuria recordaba el primer golpe... No se produjo hasta mucho tiempo después. Ya estaban instalados en la casa de Tomelloso cuando Miguel volvió de trabajar, irascible y estresado, como ya era de costumbre. El trabajo se había convertido en su tema de conversación preferido. Pero esa noche, el tema era insignificante. Cada frase, cada gesto, era motivo de censura y lo que empezó siendo una discusión banal acabó convirtiéndose en el principio de una pesadilla que se repetía incansablemente. Daba igual lo apacible que fuera la tregua, porque la tormenta siempre irrumpía. Nuria había aprendido a calcular cada palabra que decía, cada movimiento que hacía. Pero para entonces ya sabía que aquello carecía de sentido. No se trataba de ella, era

Miguel. Siempre dispuesto a encontrar un pretexto para sus arrebatos. Una llamada, un email o una mirada podían ser el detonante. Era tal su insistencia que estuvo a punto de hacerle creer que ella era la responsable. La culpable, solía decir él.

Una maraña de preguntas y recuerdos asediaban a Nuria cuando el pan saltó de la tostadora. Como cada mañana, pero aquella, era distinta. Había representado mentalmente esa escena en un centenar de ocasiones, envuelta en un amasijo de esperanza y terror. Llevaba meses planificando, meticulosamente, ese momento. El azar era un lujo que no podía permitirse. Su madre había sido su principal apoyo. Ella siempre lo intuyó. Deseaba equivocarse, pero las ausencias repentinas, el distanciamiento de su hija y sus continuas evasivas dibujaban una realidad evidente.

Los ojos de Miguel escudriñaban a Nuria por encima del periódico. ¿Cuándo se había acostumbrado a esa sensación de alerta constante? A veces le asaltaban recuerdos del inicio de su relación. Cuando todo era normal. Cuando no tenía miedo.

Nuria miraba cautelosa el reloj de pared cuando Miguel se levantó. Recogió su maletín y las llaves del coche. No pronunció una sola palabra. El golpe seco de la puerta fue su única despedida. Ella esperó paciente hasta que el sonido del motor se apagó en la distancia. Su corazón latía con fuerza, dejando entrever la magnitud de su decisión. Subió las escaleras despacio, repasando, en silencio, cada paso. Mientras reunía algunas fotos, cientos de imágenes del pasado brotaban, atropelladamente,



en su cabeza. Las lágrimas cubrían sus mejillas cuando recibió un mensaje de texto. Su madre esperaba fuera. Nuria inspiró enérgicamente. Al fin, todo había terminado.

*Eva Aizpurúa González*



## ARTÍCULO 15.

*“Todos tienen derecho a la vida y a la integridad física y moral, sin que, en ningún caso, puedan ser sometidos a tortura ni a penas o tratos inhumanos o degradantes (...).”*

Apoyó su cara contra el cristal y sintió un frescor agradable que le alivió el cardenal de la mejilla izquierda. Aquel gesto se había convertido cada mañana en un ritual, mirar por aquella ventana la calle, el pueblo, el mundo, observarlo protegida en su cárcel particular y sentir que ya no pertenecía a los vivos le daba una efímera y extraña sensación de invulnerabilidad, la soledad sin Él eran horas, minutos y segundos de paz. Había aprendido los horarios de cada uno de los habitantes que cruzaban aquella calle, ya eran las diez porque Ramón el panadero salía a la puerta a fumar su cigarrito de la mañana, ahora Raquel cruzaría con su hermana para obtener cambio en El Bar de Lola, que por mucho que se empeñase en cambiar el nombre del cartel del mismo, siempre sería conocido en el barrio como El Bar de Lola, y luego cruzaría aquella joven con su carpeta verde camino de la gestoría, con su camisa blanca, su pelo recogido, sus labios rojos, con paso seguro, pisando fuerte... Sonreía, ella también había sido así, no recuerda cuando, pero en algún momento de su vida, hace ya siglos, había sido así, alegre, fuerte, segura y guapa, con su carrera de Derecho terminada, y sus currículum en la mano, con una ciudad por delante para comérsela, para devorarla entera... pero luego, luego se casó, y vino el niño, y Él obtuvo trabajo en el pueblo y... y sería temporal, hasta que el bebé creciera, pero

luego, dejó de buscar empleo, porque según Él ganaba lo suficiente para vivir bien, y le decía esto guardando su pistola en el segundo cajón, limpiándola, y mostrándosela, dejó de salir, porque según Él una mujer decente no debe salir sin su marido, dejó de quedar con sus amigas y de hablar a diario con su madre, porque según Él todas le metían extrañas ideas en la cabeza de independencia y libertad, ideas que asustaban, dejó de pintarse los labios de rojo, porque según Él eso era provocar...

La ventana del salón estaba a diez pasos del pasillo, y el pasillo estaba a siete pasos de la puerta y entre el salón y la puerta estaba la habitación del niño...

Miró el reloj, oyó como Él aparcaba su coche, le oyó saludar amablemente a los vecinos como siempre, ella sin embargo era arisca y fría, al menos eso decían, siempre mirando al suelo, es rara esta muchacha... la llave giró y la sumisa puerta, acostumbrada, cedió una vez más...

- ¿Dónde coño estabas? Te he llamado cien veces al móvil...
- Yo... no me he dado cuenta, lo tenía en silencio, y me he distraído en la ventana y...
- Distraída, eso es lo que estás, a saber qué estabas haciendo, te he dicho mil veces que el móvil en el bolsillo siempre, que no tenga que estar yo buscándote... no me mientas con quién estabas que no querías estar localizada...no me mientas... que me enciendo...

- Yo...perdóname...yo...no volverá a pasar...no me he dado cuenta de que estaba sin sonido... y...

Él se abalanzó sobre ella y empujándole contra la pared le sujetó el cuello con una mano alzando la otra y...

*“Todos tienen derecho a la vida y la integridad física y moral, sin que, en ningún caso, puedan ser sometidos a tortura ni a penas o tratos inhumanos o degradantes (...)”*

*Marta Buendía Ballesteros*



## JIMENA

La ambulancia recorría las calles de la ciudad a una velocidad endiablada, mientras su sirena lanzaba al aire sus gritos de alarma, y las luces de emergencia destellaban en un postrer esfuerzo por retener la última brizna de esperanza.

Dentro del vehículo, yelmo, yacía el cuerpo exangüe de Jimena, con los ojos abiertos mirando al infinito y la piel de color marfil salpicada de rastros de sangre y cuchilladas de odio, de pesadillas de mil y una noches de terror de color azabache.

Y mientras su vida se despeñaba por el vacío de la muerte, la mente vagaba a otros tiempos felices, preñados de la ilusionada esperanza que alimenta la inexperiencia en la maldad de la sinrazón y el odio.

Apenas era una adolescente cuando conoció a Mario. Aquel chico alto de cuerpo atlético y mirada profunda, que la penetraba en el alma y la hacía conmoverse como si mil millones de hadas invadieran sus entrañas. Su tono de voz aterciopelado, con su ironía a veces macabra, pero dotada de la sutileza de la originalidad de un ser excepcional

La había enamorado hasta derretir su voluntad y convertirla en un ser único, que habitaba en soledad el mundo más bello que en el universo existiera..

Nunca dudó que sería para siempre y trascendería este y el otro y cuantos mundos hubiera en la espiral de los universos de la materia y de lo etéreo.

Lo dejó todo, nada necesitaba ya, pues todo lo había hallado en él, en aquel ser maravilloso, que una y otra vez le prometía que juntos serían los dos únicos entes que existirían en la faz de la tierra.

Once meses y diez días fue justo el tiempo que transcurrió hasta que llegó la primera bofetada. Fue directa a su alma y no le rozó ni la piel: “Estúpida e inútil” –le dijo. “Perdió el control y eso le pasa a cualquiera” –dijo ella. Tenía que reconocer que había estado muy torpe al mancharle el pantalón con aquel café –lo disculpó.

–“Zorra”, “gorda”, “enana”, “imbécil” –le siguieron.

Pero ella tenía que reconocer que él era demasiado inteligente. Y guapo, y muy alto. Ella en cambio, con tacones incluso, debía estirar el cuello para besarlo. Y es que él tenía razón y ella no lo merecía.

Se lo avisó su amiga Aída, también Pedro su confidente de la infancia, incluso su madre un día se atrevió a decirle que había algo en él que no le gustaba. Nunca volvió a hablar con ninguno de ellos de Mario. Y a pesar de todo y de todos, se casó con ella, y eso le dio la razón frente al mundo.

Cuando le dijo que estaba embarazada, no le dio opción y le ordenó que abortase, que no era este, un mundo para traer hijos. Y su protesta se saldó con un puñetazo que le rompió la nariz y le partió el alma. Un golpe con el coche –argumento ella.

Después ya todo comenzó a ser insoportable. El presente se convirtió en una pesadilla y el futuro solo era



un imposible. Intentó ponerle remedio, pero era demasiado cobarde.

Una noche marcó el 016 –lo había oído en la radio-, era una tabla de salvación y no dejaba rastro –decían-, pero aquella llamada le dejó la primera de una serie de palizas interminable. No había reparado en que él había llegado mientras hablaba y estaba escuchando a través del inalámbrico.

Intentó huir, pero ya no pudo. Su cuerpo y su mente estaban atrapados en aquel entorno absurdo y terrible.

Y en esta maldita noche de agosto, entre el canto de las chicharras y el calor asfixiante de las tierras de la Mancha, aquel ser de voz aterciopelada, de inteligencia sutil y mirada profunda, habló por última vez. Lo hizo con filo de acero rasgándole las entrañas y vaciando para siempre su mente y su alma. Y aunque mil sirenas cantasen en la noche más negra, y las manos mágicas de los hechiceros de bata blanca, le retuvieran el último hálito, a Jimena ya nadie le podría devolver el alma.

*Juan Castell Monsalve*

